

INTRODUCCIÓN

El título que le hemos dado a este libro es *La Paz, partera de la Historia*, porque la imagen de un nacimiento de un ser humano es una de las más bellas y felices que podemos tener, en él se concentra todas las expectativas de la continuidad de la vida y de las sociedades. Por esta razón desde el mundo antiguo se ha relacionado a la mujer con la tierra, la abundancia y, por extensión, con el conjunto de virtudes garantes del bienestar, entre ellas la paz. Mujer, bienestar y paz han permanecido unidas en las prácticas y en los ideales a lo largo de la Historia, a pesar de que, en determinados momentos otras prácticas o ideologías, como el patriarcado o el belicismo, hayan conseguido relegarlas en cierta medida. Dice el diccionario que partera es «una mujer que, sin tener estudios o titulación, ayuda o asiste a la parturienta». La partera, al igual que la paz, es la encargada de garantizar la vida, de perpetuarla.

En la antigua Grecia, en el siglo V a. C., Sócrates, influenciado por la profesión de su madre Fainarate, comadrona, utiliza la *mayéutica* (μαϊευτική) como método de investigación y enseñanza. El filósofo ateniense trasladó el significado médico del arte de ayudar a procrear al filosófico, el arte de dar a luz ideas, ayudar el saber, a través del diálogo. Igualmente, podríamos decir que la Historia participa de la *mayéutica* porque genera nuevas vidas, nuevas propuestas para el desarrollo de las capacidades humanas, en su transcurso se gestionan pacíficamente los conflictos y se crean realidades de paz.

En cierta medida al afirmar que la *Paz es partera de la historia* estamos subvirtiendo la conocida frase de Karl Marx que pensaba justamente lo contrario *La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva*. En el fondo hacemos una propuesta de lectura distinta de la Historia en la que damos preeminencia a la gestión pacífica de los

conflictos en las dinámicas sincrónicas y diacrónicas de las sociedades humanas.

En una amplia declaración las Naciones Unidas expresa que la *Cultura de Paz* es un «conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida basados en: el respeto a la vida, el fin de la violencia y la promoción y la práctica de la noviolencia por medio de la educación, el diálogo y la cooperación; ... el respeto pleno y la promoción de todos los derechos humanos y las libertades fundamentales; el compromiso con el arreglo pacífico de los conflictos; ... el respeto y el fomento de la igualdad de derechos y oportunidades de mujeres y hombres; ... la adhesión a los principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia, solidaridad, cooperación, pluralismo, diversidad cultural, diálogo y entendimiento a todos los niveles de la sociedad y entre las naciones; y animados por un entorno nacional e internacional que favorezca a la paz».

Cabe preguntarse cuál ha sido el papel de esta *Cultura de la Paz* en la Historia y, asociado a ello, cuáles han sido las fuerzas, los «motores», que han movido las dinámicas humanas. Bien es cierto que la historiografía tradicional ha tendido a interpretar a la «violencia como partera de la Historia», pero también ha habido otras interpretaciones que le han dado espacio a otros móviles como la política, la democracia, las negociaciones, el intercambio, la interculturalidad, la diplomacia o las virtudes. En cualquier caso, el balance historiográfico está, hasta el momento, claramente desequilibrado hacia el primer enfoque. Por eso es importante abordar la segunda posibilidad, porque la *Cultura de la Paz*, y la *Investigación para la Paz* pueden incorporar o contribuir a renovar presupuestos metodológicos, epistemológicos, ontológicos y, si queremos, axiológicos que, sin duda, enriquecerían las posibilidades de la Historia como ciencia de lo social. Evidentemente, la incorporación de una perspectiva abierta de los conflictos, la coexistencia de diversos proyectos e intereses en relación con el desarrollo de las capacidades y potencialidades o satisfacción de capacidades, el papel de las mediaciones, la paz negativa, positiva o imperfecta, la búsqueda de equilibrios dinámicos, el poder de los actores que defienden la paz o la deconstrucción la violencia, y todo ello en el marco de la complejidad, son algunas ideas que pueden enriquecer las perspectivas sobre la Historia.

La *Paz*, la regulación pacífica de los conflictos, sin duda una de las grandes preocupaciones del siglo XX y del actual siglo XXI, es punto de interés de políticos, religiosos, gentes de diversas culturas y estatus sociales, mujeres, jóvenes, hombres, empresarias/os, o trabajadoras/es,

en definitiva, de la opinión pública y política en general. La Historia y, solidaria y complementariamente, todas las ciencias y disciplinas interesadas por las dinámicas de los grupos y sociedades humanas han tenido que actualizar continuamente sus presupuestos y perspectivas de acuerdo con los cambios producidos en el conocimiento humano, en general, y científico en particular. En relación con esto, en las últimas décadas la preocupación por la *Paz*, ha sido cada vez mayor y así queda claro en numerosas reuniones, en el incremento de investigadoras/es preocupadas/os por este campo y en la proliferación de publicaciones científicas. Desde el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, también se ha apostado por situar la *Paz*, como categoría de análisis, en el centro de los debates epistemológicos y ontológicos. Así, las historiadoras y los historiadores, en estrecha colaboración con otras disciplinas tienen la posibilidad, y por ende el compromiso, de introducir en sus investigaciones las temáticas relacionadas con la *Paz*, porque ésta forma parte de todas las sociedades y es una garantía para la construcción de futuros más justos y pacíficos. No obstante, las perspectivas «violentológicas», muy extendidas, contribuyen a pensar que es la violencia la que marca las dinámicas de la Historia. Sería necesario, por tanto, hacer un giro epistemológico, y ontológico, para reconocer y recuperar el papel central de la *Paz* en las dinámicas sociales.

La Investigación para la Paz no ha sido ajena a los intereses de los debates historiográficos en torno a los *motores* de la Historia. La interacción entre aquélla y éstos ha contribuido a generar nuevas perspectivas de análisis y a agregar muchas más variables desdeñadas u olvidadas en la reconstrucción de la Historia tales como el pacifismo, la cultura de la paz o la no violencia. A lo largo de este libro se defiende que los *conflictos*, entendidos como discrepancias en cuanto los proyectos de cada uno de los actores, son el *motor primordial de la Historia*, quedando abierta la posibilidad de su regulación pacífica o violenta. Más concretamente, partiremos de la siguiente premisa: la *Paz*, entendida como aquellas regulaciones en las que se alcanza el máximo desarrollo posible de las capacidades humanas, ha sido, y es, uno de los principales móviles de toda la Historia de la Humanidad. Y para ello hemos contado con un importante elenco de autoras/es que ilustran este periplo.

El primer capítulo, *La Paz, partera de la Historia*, presentado por Juan M. Jiménez-Arenas y Francisco A. Muñoz Muñoz (Universidad de Granada) recorre las ideas que han sido consideradas «motores de la Historia», desde aquellas interpretaciones en las que los seres humanos

eran movidos por circunstancias completamente ajenas a sus propias condiciones de existencia —fuerza de la naturaleza, dioses, providencia u otras fuerzas aleatorias—, se pasó a otorgar una prevalencia a los individuos —reyes, mesías o líderes—, después a las grandes ideas, creencias, valores —el reconocimiento, la libertad, la cultura, la técnica, la ciencia, la razón o el progreso— y a las estructuras o las colectividades —la política, el trabajo o la luchas de clases, ...—. Como se desprende del título dado a este capítulo, mostramos nuestra preocupación por el papel jugado por la *Paz*, la regulación pacífica de los conflictos, con el desarrollo de las capacidades humanas y todas aquellas circunstancias que lo hacen posible. De esta manera, llegamos a adoptar un punto de vista «complejo» en la medida en que reconocemos que la vida en general y la existencia de los seres humanos en particular dependen de la gestión de una inmensa conflictividad procedente del medio en que habitan los seres humanos. Igualmente nos proponemos construir una Historia alejada de los modelos ontológicos negativos de la Humanidad.

El bloque dedicado a la Prehistoria y la Historia Antigua lo abren José Enrique Márquez (Universidad de Málaga) y Víctor Jiménez Jáimez (Museo de Málaga) quienes ponen de manifiesto en *Interpretando los yacimientos de fosos europeos: La tesis belicista a examen* la necesidad de re-pensar los denominados recintos de foso (IV-III milenios a.C.). Un tipo de yacimiento presente en toda Europa y que, tradicionalmente, se había interpretado en clave bélica. Sin embargo, las evidencias apuntan a un uso simbólico de los mismos, así como a espacios de agregación donde estrechar vínculos. Por su parte, José Luis López Castro (Universidad de Almería) propone en *Fenicios en el Mediterráneo: modelo de relaciones interculturales* una lectura de la colonización fenicia del Mediterráneo occidental valorando las formas de relacionarse de los fenicios y sus descendientes con otros pueblos antiguos, poniendo de relieve su naturaleza pacífica, aun cuando a veces se tratase de relaciones desiguales o conflictivas. El profesor José Fernández Ubiña (Universidad de Granada) nos invita en el capítulo *Paz y consenso en época de Constantino* a reflexionar en torno a la figura de Constantino, el emperador romano del siglo IV d.C., para valorar como merece sus extraordinarias innovaciones en los ámbitos religioso y social, en particular sus propuestas a favor de la libertad de conciencia y de la convivencia entre religiones. Por último, Purificación Ubric (Universidad de Granada) nos invita a explorar, a través de *Historia de la Paz y Antigüedad Tardía: un giro epistemológico*, el enorme potencia de la Antigüedad tardía para la Historia de la Paz a

través de ejemplos tales como la coexistencia de personas de diferentes culturas y creencias, de la integración de los «bárbaros» y del papel de los obispos como mediadores y constructores de paz.

La Historia moderna está reflejada en dos aportaciones. La primera, debida a Agustín Martínez (Universidad Juan Carlos I, Madrid) y titulada *Carlos V: iconografía para una paz imperfecta* analiza, a través de la iconografía del emperador Carlos V, cómo su discurso sobre la paz no es algo cerrado y estático sino que, por el contrario, está lleno de dinamismo, de grandes variedades semióticas, incluso de algunas controversias que hacen enriquecer y aproximar la interpretación del enorme legado simbólico del emperador a una reflexión directamente enlazada con la definición y significación de paz imperfecta. La segunda, es obra de Laura Oliván Santaliestra (Universidad de Granada) y bajo el sugerente título de *Isabel de Borbón; «Paloma medianera de la paz»: políticas y culturas de pacificación de la reina consorte en el siglo XVII* presentó una lectura del papel mediador de Isabel de Borbón en la que la identificación de la reina consorte con la paz era clara en los siglos modernos, en los que los matrimonios buscaban formalizar beneficiosas alianzas a través de las cuales la paz facilitó la estabilidad territorial de las monarquías hereditarias, que empezaron a ver a las vecinas también como aliadas.

El apartado más numeroso es el dedicado a la Historia contemporánea. Luis P. Martín (Universidad de Pau et des Pays de l'Adour; Centre de la Méditerranée Moderne et Contemporaine. Universidad de Niza-Sophia Antipolis, Francia) se pregunta en *La difusión del pacifismo en España ¿por qué fue tan débil la edición de textos sobre pacifismo en el cambio de centuria (XIX-XX) en España?* Las respuestas más aceptadas son el analfabetismo reinante en España y la preocupación por los problemas internos. Así las cosas, el número de publicaciones, libros y folletos, no superaron los cuarenta en el periodo entre 1896 y 1936; algunas más si se consideran traducciones extranjeras. Frente a esta exigua contribución, cabe destacar el papel que en la construcción de la paz llevan a cabo las clases populares. Por su parte, Michael Foley (Universidad de Sheffield, Reino Unido) presenta una contribución titulada *Performative Protest and Media Reception: the Case of Draft Resistance during the Vietnam War* en la que, utilizando como estudio de caso el movimiento de resistencia al reclutamiento para la guerra de Vietnam, se cuestiona qué lecciones se pueden aprender de los estudios sobre recepción cultural y su aplicación a la interpretación de los movimientos sociales pacifistas.

Por otro lado, Peter van den Dungen (Universidad de Bradford, Reino Unido) nos invita en su escrito *The role of peace museums in promoting a culture of peace* a reflexionar sobre el papel que juegan los museos de la paz como elementos fundamentales para la construcción de la paz. Para finalizar, Esperanza Hernández (Pontificia Universidad Javeriana, Colombia) nos conduce a través de su aportación *Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare —ATCC—, experiencia ejemplarizante de cultura de paz en medio del conflicto armado* a visualizar como la cosmogonía de los indígenas Nasa de Colombia contribuye a la presencia de una profunda cultura de paz en escenarios donde se manifiestan distintas violencias e incluso escalamiento del conflicto interno armado y fuego cruzado.

La *Historia de la Paz*, de la cual este volumen es a la vez deudor y contribuidor, aspira a interpretar el pasado en clave de paz, una paz mayoritariamente silenciada y que es necesario recuperar para que ocupe los mayores espacios públicos y políticos, y para que ayude a tomar conciencia de las capacidades que tenemos los seres humanos para la regulación pacífica de los conflictos.